

perfectamente coherente con las premisas sentadas por el propio crítico y es además verosímil de suyo, no deja en muchas ocasiones de asombrar al lector, de parecer demasiado aventurada. Desde luego, toda crítica que va más allá de la formulación de datos externos, periféricos al fenómeno literario en sí, es discutible. Pero si una de las funciones primordiales de la crítica literaria es explorar recónditas significaciones posibles que una obra de arte tiene necesariamente, y buscar, merced al contacto directo del lector avezado con dicha obra, nuevas perspectivas de enfoque para dotarla de luz rica y amplia, es preciso reconocer que dicha función está cumplidamente lograda en los ensayos de Sergio Fernández. Gracias a ellos se renueva la fe del lector de este género literario en una crítica exenta de esa excesiva prudencia, de ese quisquilloso rigor metódico, de esa insulsa evidencia, a la que se le suele dar un rango académico preferente sobre esta otra más libre, más audaz y —cuando el crítico tiene el vuelo intelectual de Sergio Fernández— mucho más permanente.

LUIS RÍUS

Facultad de Filosofía y Letras.

ENRIQUE MORENO BÁEZ, *Nosotros y nuestros clásicos*. Editorial Gredos, Madrid, 1961; 177 pp.

Es bien pobre en nuestro medio español e hispanoamericano la literatura didáctica aplicada al castellano y al arte literario. Basta examinar los programas de ambas materias, para darse cuenta del atraso con que son presentados los temas. En la escuela se vive una rutina nefasta, apenas salvada por unos cuantos profesores de buena voluntad o bien informados. El mal no es moderno; viene de lejos, de muy lejos, diría yo desde los tiempos de Nebrija. El prestigio de la primera gramática contribuyó a esta nefasta desorientación. De esto ha hablado, con ciencia y hasta con paciencia, Samuel Gili Gaya. Giner de los Ríos insistió muchas veces en la necesidad de cambiar casi radicalmente los métodos de enseñanza de la literatura y del español. El gran maestro dijo y volvió a decir: "Debemos enseñar literatura y no historia de la literatura; debemos enseñar español y no gramática". Su prédica, muchas veces realizada con ejemplos vivos, no abrió ningún surco. Después varios maestros han insistido en el tema. Por ahí están los libros de Américo Castro, de Pedro Henríquez Ureña, de Amado Alonso. Comentarios vienen y comen-

tarios van sobre la apremiante necesidad de variar los procedimientos didácticos. Casi nada se ha hecho para mejorar tal enseñanza. La cosa se agrava cuando vemos los programas oficiales: todos están saturados de términos y de laberintos gramaticales. Sólo, como al margen, se habla de practicar, sobre la realidad misma, la literatura y el español.

Este libro de Moreno Báez es un ejemplo de didáctica. El autor demuestra en la parte teórica o técnica que es dueño de una bien digerida doctrina, no sólo lingüística sino también filosófica y literaria. El autor parte de un análisis cuidadoso de la naturaleza y de la estructura de los clásicos; se detiene en la consideración de la estética y en el alcance de la crítica, y luego, con extraordinaria soltura, distingue los términos que limitan y explican el sentido de las épocas, los estilos y los géneros.

En resumen, el autor insiste en la necesidad de crear algo así como una previa perspectiva literaria, para situar en ella autores y libros, porque ésta es la única manera de alcanzar el origen de la materia que se estudia, su modo de desenvolverse y, sobre todo, el perfil de sus valores estéticos.

Es más notable el libro de Moreno Báez porque no se contenta con exponer sus teorías didácticas, sino que, junto con ellas, realiza un ensayo aplicado al *Quijote*, al *Guzmán de Alfarache*, a Gracián, Fernando de Rojas, Garcilaso y Bécquer. Cuando terminamos de leer estos capítulos, no podemos menos de advertir cuánta luz, cuánta claridad nos será dable proyectar, en nuestras explicaciones docentes, sobre estos autores o sobre estas obras, si seguimos métodos similares. Entonces ya no es el idioma una materia inerte encuadrada en la gramática, ni la literatura es una cosa que salió así como así, de la cabeza caprichosa del autor. Ahora resulta que el idioma es un momento vital de la expresión del hablante, y la obra es suma de la concurrencia de muchos factores que la determinan. La genialidad de la obra y su valor estético, con toda la independencia que se les quiera reconocer, tienen sus raíces, sus puntos de apoyo, en algo que vive con diversos arraigos, en la época, en el tiempo, hasta en el espacio de una región, de una patria. Así, más que nunca, se advierte el grave error de Ortega y Gasset cuando habló de un arte deshumanizado. Un arte deshumanizado es un arte imposible. El arte puede interpretar con sentido realista, con sentido de abstracción, la materia humana de que parte, pero jamás levantará un codo sin el apoyo del hombre.

El capítulo dedicado a la interpretación de la arquitectura del *Quijote* lo consideramos sencillamente magistral. Pocas veces un crí-

tico ha penetrado con más perspicacia en el mundo interior de una obra. Después de la vasta interpretación de Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, nunca habíamos leído unas páginas más agudas, más sagaces que éstas que comentamos. Gracias a ellas, la obra de Cervantes alcanza una dimensión filosófica que no sabemos si interesa más por su magnitud, por su orden o por la disposición (intuida o lógica) que supo imprimirle el autor. Es, pues, este libro un ejemplo de técnica y un insuperable modelo de método. Ningún maestro dedicado a la enseñanza de la literatura española lo puede ignorar. De sus lecciones sacará valiosísimas incitaciones para mejorar y ampliar el panorama de su tarea docente.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras

CAMILO JOSÉ CELA, *Cuatro figuras del 98 (Unamuno, Valle Inclán, Baroja, Azorín) y otros retratos y ensayos españoles*. Editorial Aedos, Barcelona, 1961; 463 pp.

"Dando de lado al confuso capítulo de una posible teoría de las generaciones, lo evidente es que el 98 existió como real y glorioso fenómeno de la literatura de nuestro país y que, cierto o errado, el nombre con que la venimos designando sirve para llamar a un grupo de escritores españoles, quizás el más glorioso y trascendente que entre nosotros se presentaba desde el Siglo de Oro, desde el xvi."

Estas palabras pertenecen al libro de Cela, y todos sabemos que están justificadas por lo que respecta al grupo de hombres que forman la generación del noventa y ocho, quienes, "cuidadosamente, amorosamente, se imponen la meritoria, la dura tarea de ir por ella (España) hasta donde ella —¡todavía!— late y respira: en el monte donde se crían el lobo y la garduña; en el campo por el que la alondra canta y salta la liebre que huye del lebrej; en el luminoso pueblecillo de enjalbegadas bardas y pulso rumoroso; en la pequeña villa provinciana sin esperanzas y sin ferrocarril".

Cela estudia amorosamente a los cuatro grandes del 98, agrupándolos en forma que nos parece luminosa y acertada: Unamuno—Valle-Inclán, Azorín—Baroja. Los dos primeros, "a pesar de sus disparidades y caminos antagónicos", vienen a confluir en una constante única, "si bien entendida de forma disímil y peculiar: su fiero iberismo".

Don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro, tratando de